

“Gemelas” de María Cariñano. Eva se despertó antes de que sonara la pequeña radio-despertador, virguería electrónica regalo de su graduación, que había puesto la noche anterior para que le avisara a las cinco de la madrugada. Abrió los ojos y de momento no supo donde se encontraba; se incorporó en la cama. Por la ventana abierta vio que aún estaba completamente oscuro y recordó que entresueños había oído llover. Al instante se situó: se hallaba en la Octava Avenida de Nueva York, en una impersonal habitación de un enorme hotel de paso, con más de cuarenta pisos y cerca de mil habitaciones a donde había llegado el día anterior procedente de Madrid, después de un vuelo que había hecho casi con tanta ilusión, como la primera vez que fue a América. Al pensar en el motivo de este viaje, la joven se sintió feliz. Se volvió a recostar con las manos cruzadas bajo la nuca y se recreó imaginando lo que le esperaba en aquel su “gran día”. Miró el despertador. Al comprobar que aún le quedaba un rato para que sonara, siguió perezosamente en la cama y saboreando aquellos instantes, dejó volar su imaginación. La verdad es, pensó, que era una chica con suerte, con mucha suerte, siempre la había tenido, cerró los ojos y con un gesto muy habitual en ella se llevó a los labios la medalla de la Virgen, que nunca se quitaba del cuello. Su padre era diplomático, debido a esto habían vivido en muchos lugares y había ido a muy distintos colegios. A ello se debía el que se acomodara con tanta facilidad en todas partes y no tuviese ningún problema en relacionarse con la gente. Todo esto hacía que se encontrase tranquila a pesar de lo que le esperaba... A las 9,30 de esa mañana tenía la última y definitiva entrevista en la central de la R & A, importante compañía en el mundo de la química, situada en el World Trade Center, tras haber superado otras dos entrevistas en la sucursal de esta compañía en Madrid. A la hora marcada, la radio-despertador saltó dando paso a la famosa voz del conocido locutor cotidiano que daba los “buenos días” a los oyentes. - Good morning New York; Today is Tuesday September 11th, and we have a very nice day.... hoy martes 11 de septiembre - decía la voz invisible - tenemos un día claro y soleado, tras una noche de lluvias torrenciales que convirtieron las calles en verdaderos ríos...Eva se estiró como un gato y sonrió ante los graciosos comentarios del locutor que en aquellos momentos decía que la “riada” había arrastrado los zapatos de la gente... Saltó de la cama. Echó un vistazo a su alrededor. Tanto la habitación como el mobiliario eran de un nivel inferior al de cualquier hotel de España de la misma categoría. Entró en el baño y se duchó. En tanto se secaba con vigor, la voz del locutor proseguía con las noticias locales. Comunicaba que ese día habría elecciones primarias para elegir al sucesor de Rudolph Giuliani el duro Alcalde que había hecho de Nueva York una de las ciudades más seguras de Estados Unidos... Vestida con esmero y ligeramente maquillada la bella joven se miró al espejo. Era alta y de ojos y cabellos claros. Se sintió satisfecha con su imagen y capaz de comerse al Mundo... antes de salir apagó la radio que en ese momento anunciaba la próxima apertura dentro de dos semanas de la Asamblea General de las Naciones Unidas a la que tenían previsto asistir más de 70 Jefes de Estado y de Gobierno, para hablar sobre la paz y la injusticia. Se colgó el bolso en el hombro y con paso rápido entró en el ascensor. Al salir del hotel en la acera de enfrente estaba la boca de la estación del Metro y a buen paso se dirigió hacia ella. Hasta las Torres Gemelas que era donde tenía su entrevista había cinco paradas. La estación era sucia y vieja, nada que ver con las del Metro de Madrid. El tren iba abarrotado, Eva disfrutaba enormemente entre aquel tumulto de gente de todos los colores, razas y vestimentas. En la siguiente estación entró en su vagón una familia india de tez color arena, la mujer vestía un sari y tenía el pelo brillante y negro como la noche recogido en un moño prieto. -Deben llevar poco tiempo aquí - pensó Eva. Pues le pareció notar en los ojos de ella, tan negros como su pelo, una nota de nostalgia quizás añorando todo lo que habían dejado atrás cuando eligieron América. En cambio el chico era ya todo un “yanqui”: zapatillas y calcetines "Nike", pantalones anchotes, gorrilla con la visera hacia atrás, mascando chicle... se

le veía tan a gusto. A las 8,15 Wall Street era un hormiguero y de las bocas del Metro salían oleadas de personas que con paso rápido se encaminaban en todas direcciones a sus trabajos diarios, miles de ellas hacia el World Trade Center, cuyas Torres Gemelas cobijaban más de 450 empresas, donde trabajaban más de 50.000 personas y recibían a más de 150.000 visitantes diarios. Eva salió del metro en una de estas oleadas de gente y se quedó parada en la Plaza, contemplando desde la acera las elegantes torres plateadas que no sólo eran una maravilla arquitectónica sino también estética. Sus tersas paredes de cristal y acero reflejaban, en aquellos momentos en todo su esplendor la suave luz de la mañana. Levantadas en 1977 su autor Minuro Yamasaki que dedicó a ellas 17 años de su vida, había conseguido que en aquellos dos maravillosos, gigantescos y sólidos prismas de 110 pisos, resplandeciera durante todo el día la cambiante luz del cielo. Cruzó rápidamente la Plaza hacia la Torre Sur. En el piso 38 tenía la entrevista motivo de su viaje a Nueva York. Al entrar en la Torre, la actividad era alucinante: gentes por todas partes, ascensoristas, conserjes, guardias de seguridad, agentes de viaje, "brokers", limpiadoras... en los despachos miles de empleados ya llevaban largo rato sentados frente a sus ordenadores... atendiendo a los teléfonos... dando y recibiendo órdenes... Entró en un atestado ascensor que en segundos la llevó a la planta donde la esperaban. Empujó la puerta en cuyo cristal estaban grabadas R & A, las siglas de su futura empresa y penetró en una amplia sala de recepción donde una rubia secretaria, muy sonriente, tan joven como ella, vestida con un alegre vestido de verano y una ligera chaquetita de crochet color lila la atendió amablemente. - Soy Eva Salazar, tengo cita para una entrevista esta mañana. Tras consultar su agenda y hacer una llamada telefónica la joven le comunicó: - Tendrás que esperar un rato, siéntate. : Y le señaló una silla al otro lado de su mesa. Pasados unos momentos y con su perenne sonrisa le preguntó: - Eres española ¿verdad? Eva asintió y la joven rubia siempre cordial le señaló la placa sobre la mesa en la que figuraba su nombre: - Yo soy Sandra Taylor. Le extendió la mano y Eva se la estrechó amigablemente. -Yo estuve una temporada en Madrid con la Empresa, - prosiguió la secretaria - ¡y me encantó! Pienso volver a España en cuanto tenga ocasión. Siguieron charlando largo rato, como si se conocieran de toda la vida y hasta quedaron en tomar algo juntas cuando terminase la jornada. Sonó el teléfono interrumpiendo la charla. Mientras la secretaria lo atendía, Eva se acercó al enorme ventanal desde donde se divisaba una panorámica impresionante con la estatua de la Libertad al fondo; se prometió que en cuanto terminara la entrevista se tomaría el resto del día para dedicarse a recorrer aquella zona sur de Manhattan... y tomarse un capuchino en la terraza del restaurante "Windows of the World" situada en la planta 107 de la torre de enfrente, la Torre Norte, conocida como el mejor mirador de la Ciudad. De repente, atónita, interrumpió sus pensamientos y sin poder dar crédito a lo que estaban viendo sus ojos, contempló con horror como un avión volaba como un proyectil en dirección a la otra torre y en menos que se cuenta se estrellaba contra ella. Una inmensa bola de fuego y humo se elevó en el sitio del impacto y una tremenda y espesa nube de fragmentos de metal, cristales y polvo en forma de hongo horizontal como si se tratase de la explosión de una bomba atómica envolvió la parte superior de la Torre, mientras miles de ventanas saltaban por los aires. Inmediatamente el ventanal desde donde ella había presenciado el dantesco espectáculo se llenó de gente perpleja y aterrorizada muda por la impresión de lo que estaban viendo. El horror fue mayor cuando las llamas empezaron a salir por las ventanas y muchas personas se arrojaban al vacío huyendo del humo y del fuego. El desconcierto, el pánico, el desorden se apoderó de todos, cada uno reaccionaba de forma distinta, unos corrían para ir en ayuda de los de la Torre de enfrente, la mayoría se agolpó alrededor de las radios y televisores en espera de noticias, los teléfonos estaban colapsados... El humo negro del incendio empezaba a extenderse hacia el río, cubriendo todo el cielo de Brooklin. La secretaria se había quedado lívida y un temblor

convulsivo sacudió todo su cuerpo. Eva la zarandeó con fuerza hasta que rompió a llorar casi histérica. La rodeó con sus brazos y le dio un vaso de agua, la obligó a sentarse en un sofá y como aún seguía tiritando se sentó a su lado trató de calmarla cogiéndole las húmedas y frías manos y frotándoselas con las suyas. Veinte minutos más tarde, poco después de las 9 de la mañana, un segundo avión el vuelo 77 que había partido de Washington con dirección a Los Ángeles y 64 personas a bordo se estrelló como un misil contra la segunda torre. Eva sintió un tremendo golpetazo. El edificio se movió violentamente. Peor que si se tratara de un terremoto. Sin pensarlo tiró de la mano de Sandra obligándole a levantarse y casi arrastras la llevó hacia los ascensores, pero había tal cantidad de personas agolpadas ante ellos intentando inútilmente abrir sus puertas, que sin dudarlos se dirigieron hacia las escaleras por las que también bajaba una riada de gente. Corriendo como locas casi sin saber cómo y tras llevar bajando al galope más de un cuarto de hora al llegar a una de las plantas más bajas se encontraron con que la escalera había desaparecido, sólo había un gran agujero y un montón de escombros y para colmo en aquel momento las luces se apagaron y quedaron en la más completa oscuridad. El desconcierto fue total, la gente comenzó a gritar pidiendo socorro, sin saber por dónde seguir ni qué hacer... Eva por un instante pensó que era el fin cuando, entre un intenso humo y polvo que casi les impedía respirar, algo se desprendió con un ruido ensordecedor y una avalancha de gente se le vino encima, intentó retener con fuerza a su nueva amiga sujetándola por la ligera chaqueta pero la oleada la arrastró. Pudo por fin librarse de aquella marea humana y tambaleándose siguió caminando hasta chocar con lo que parecía ser una pared. Durante unos instantes, eso le pareció a ella porque la verdad es que había perdido totalmente la noción del tiempo, aquella lisa superficie fue su tabla de salvación. Se apoyó en ella sin saber que resolución tomar dispuesta a no moverse de allí hasta que volviera la luz o vinieran en su ayuda. El polvo y el humo iban en aumento haciendo cada vez la atmósfera más irrespirable ello la hizo reaccionar y se dijo que no iba a quedarse allí sin hacer nada esperando sencillamente la muerte. Eva era una chica luchadora y ¡con mucha suerte! Así que se llevó a los labios su medalla de la Virgen y se puso en marcha. Con una mano iba tanteando la pared y con la otra al frente para evitar chocar con algo, así se fue deslizando a lo largo de la misma y tras recorrer un buen trecho y doblar lo que parecía ser una esquina, le pareció ver a lo lejos entre el polvo y el humo una pequeña luz que se movía. Se oyó a sí misma gritar como no lo había hecho nunca. Y efectivamente sus gritos pidiendo socorro parecían haber sido oídos pues aquella diminuta luz se detuvo. Creyó oír una voz lejana y la muchacha prosiguió pidiendo ayuda. La luz se fue aproximando. Vio que se trataba de una linterna que un bombero llevaba en su casco. Se acercó hasta ella que rompió en sollozos abrazándose a él. Era su "Ángel Salvador". Y efectivamente, como Eva supo más tarde, este bombero con otros cientos de compañeros, policías y voluntarios fueron unos verdaderos "ángeles anónimos" que arriesgaron sus vidas por salvar a otras personas y que muchos de ellos, en esa labor, la perdieron. Su salvador la guió llevándola de la mano hasta dejarla en una zona iluminada en la que un grupo de voluntarios atendía a los heridos y él volvió a entrar en aquel infierno para rescatar a otras personas. Uno de estos generosos voluntarios al ver que ella estaba bien y podía caminar, la llevó hasta una salida. La calle era un verdadero caos cientos de ambulancias, bomberos por todas partes, personal de la Cruz Roja con camillas transportando a los heridos entre nubes de humo, cenizas y polvo que hacían imposible la respiración. Y todo lleno de escombros. Eva sintió como una policía muy joven la empujaba con fuerza gritando: - ¡No se detengan! ¡Corran hacia la zona norte! Eva corrió y corrió como le habían dicho, no supo cuanto tiempo, hasta quedar sin aliento, completamente agotada se apoyó en una pared. ¡Jamás! ¡Jamás! Podría olvidar lo que había vivido ni podría borrar de su retina aquellas imágenes tan horribles. Como una autómatas empezó a limpiarse los ojos llenos de polvo y la

cara ennegrecida con algo que sujetaba con fuerza entre sus manos... Un poco más serena miró con qué se estaba limpiando y cuando vio lo que era, las piernas no la sostuvieron se derrumbó y tuvo que sentarse en el suelo. ¡¡Era la chaquetita lila de crochet de Sandra, la joven, sonriente y rubia secretaria!!... María Cariñano Fernández